

la mujer prefiere la Diana virgen, bella y violenta. La referencia a la mitología, explícita y directa, cobra vigencia en un segundo grado. El conflicto entre el deseo del padre y el de la mujer se relaciona a la búsqueda de un modelo adecuado para la producción de la escritura. Igual que la Diana cazadora la mujer acaba por situarse «en un tránsito sin reposo». Supera la disyuntiva en una escritura que transformaría la «violencia solitaria» en «una forma de fecundidad». Es la escritura de un sujeto apenas contenido en una tercera persona formal cuya continuidad sólo se rompe una vez, casi por lapso, cuando aparece en el sueño con el padre un «yo» que no se repite: «Tal plato donde una vez hubo una torta que le gustaba, tal copa igual a la que yo una vez rompí» (77). Ni la una ni la otra persona contiene al sujeto, ni hay nombre que la fije. Al entregarse a la escritura se difiere todo individualismo para afirmar la supremacía de una labor cuyo anhelo principal sería la lectura del otro.

En breve cárcel es un texto lujoso y severo. En él el pasado es una cifra preciosa que se guarda en el momento de seguir adelante. También sugiere una visión del futuro; traza nuevos modelos de obrar, nuevas maneras de conciliar lo erótico y lo social en el espacio provisorio de la escritura. Es un texto magistralmente inscrito en la actualidad que compartimos.

OSCAR MONTERO

Princeton University.

FERNANDO CHARRY LARA, *Pensamientos del amante*. Bogotá: Cuadernos de Poesía Colcultura, 1981.

Extraño caso el de la poesía colombiana. Por un lado siempre se ha hablado (para bien o para mal) de que éste es un país de poetas, tierra privilegiada de bardos y cantores; sin embargo, por el otro lado la moneda nos da en la cara con un país donde los poetas no son precisamente prolíficos, donde la obra de la mayoría de los poetas que vale la pena considerar es corta, de pocos poemas. Si vamos rápidamente a Silva, Luis Carlos López, Aurelio Arturo, Gaitán Durán, Cote Lamus, Alvaro Mutis, para tomar un rápido ejemplo, encontramos que la obra de todos ellos es una condensación de mundos vueltos hacia la lucidez de unas cuantas páginas donde el rigor por la luz va por encima del encandilamiento, donde la mirada hacia adentro contiene al verbo que actúa. Y es allí, en esta dolorosa austeridad que hace saltar las esencias, donde se siembra la obra de Fernando Charry Lara, clara y nocturna, iluminada y sonámbula, yéndose y viniendo por el torrente de otra realidad que va a lo real.

Fernando Charry Lara (Bogotá, 1920) pertenece a la generación de los *Cuadernícolas*, grupo que se formó en Bogotá a mediados de la década del cuarenta y reunió a los poetas jóvenes que en ese momento se revelaban contra el acartonamiento de la poesía colombiana oficial: «Años después de *Piedra y cielo* —nos dice el mismo Charry Lara—, por los años cuarenta, aparecen nuevos poetas y una notable variedad de tendencias en la concepción del poema. Un exceso de gracias, finuras y preciosismos encontrábamos en nuestros predecesores y queríamos rechazar su ascendiente dando una nota de gobernada pasión. En inclinación casi unánime, se apartó el nombre de Juan Ramón Jiménez, supremo maestro de una poética que creíamos fatigada y, desde entonces, los versos y las enseñanzas de Antonio Machado comenzaron a leerse con mejor atención. Queríamos ser más

asordinados, más subjetivos, más líricos. Y otros poetas, en quienes se entendía asimismo una más honda vibración con el mundo contemporáneo, como Neruda, Vallejo, Huidobro, Cernuda y Aleixandre, pudieron apreciarse en sus aspectos más esenciales. Nos atraía cuanto se refiriese al romanticismo alemán y a su influjo en la lírica moderna. Queríamos para nuestra propia poesía un acento fundamentalmente expresivo, más que esbelto, y revelador del hombre»¹. Si a esto añadimos los mejores aires del surrealismo, los que no se adherían al dogma sino a su impulso liberador, podemos comprender cómo van a surgir de este grupo dos de los más grandes poetas colombianos de siempre, el mismo Fernando Charry y Alvaro Mutis, poetas que alentarán con brío, entusiasmo y fervor la obra del grupo *Mito*, que en la década del cincuenta permite la entrada de la poesía colombiana a su ahora vital.

En 1944 Charry publica su primer libro *Poemas*, en la colección *Cántico* (Bogotá: Ed. Santafé); en 1949 *Nocturno y otros sueños* (Bogotá: Ed. ABC); en 1963 *Los adioses* (Bogotá: Imp. Nacional); en 1976 publica un libro que recoge algunos de sus lúcidos ensayos sobre poesía: *Lector de poesía* (Bogotá: Ediciones de Colcultura), y en 1981 *Pensamientos del amante* (Bogotá: Colcultura), el volumen de poemas que ahora nos ocupa.

Si retomamos nuestra premisa inicial sobre el rigor de los poetas colombianos podremos añadir que tal vez esta austeridad y discreción es la que no les ha permitido ser más visibles en el exterior, y sólo encontrar la resonancia internacional al cabo de muchos años de trabajo, del surgimiento de dos o tres generaciones, aunque en el plano nacional, como es obvio anotar, su influencia ha sido directa, alentadora y creadora. Sin embargo, y valgan las excepciones, la obra de Fernando Charry ha alcanzado la profundidad suficiente para conmover a espíritus mayores en poesía como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Aurelio Arturo y Luis Cardoza y Aragón, entre otros.

Ocho poemas de mediana extensión integran el libro. Escritos entre los años del sesenta y del setenta, los separan años inmersos en el duro trabajo de destilación de una poesía que como hemos dicho sólo se da en sus esencias, pero los une precisamente esa fidelidad atroz a lo poético de un mundo fundado en el centro de una pasión que del develamiento va a la revelación por entre pieles y ciudades de sueño, un mundo donde cada poema contiene los elementos de toda la obra poética. Y sólo desde este extraño acercamiento a la poesía a través de la concentración y la sensualidad, es que podemos alcanzar luz en la obra de Charry Lara. Aunque, y dicho sea de paso, una de las cosas más perturbadoras que tiene esta poesía es su voluntad de pasar desapercibida, de nombrar sin levantar polvo, de ver entre brumas sin romper la niebla. Paradoja de los sentidos despiertos, alertas y ávidos de reconocerse en las superficies y abismos del deseo, y ese poder de dominar la mano para que sólo pase a leve distancia, actuando la soledad y el silencio que energiza el choque de dudas y sentimientos:

*¿Ardió alguna vez entonces el perfil
De un rostro soñoliento detrás de la ventana
Insistiendo leve llovizna en los cristales
Nupcial mujer salida después del arco iris*

¹ Cf. Rosa Jaramillo, *Oficio de poeta* (Bogotá: Universidad de Buenaventura, 1978, p. 91). La presente es una valiosa antología de poetas residentes en Bogotá, que además de recoger una buena muestra de su poesía, resume en cortas entrevistas el pensamiento poético de los poetas antologados.

*Un parpadeo cuando secreta sonreía
 Habitaciones con el amor a solas?
 ¿Era siempre como ahora silencio
 Mas de súbito a veces
 Más silencio labio
 Tu implacable tristeza poesía? (p. 12).*

Todo es así en la poesía de Charry Lara, alarmante tensión que nos mantiene al pie de la página con el corazón en fuego y la razón alerta; poemas de una desolación insospechada, tiernos en su fragilidad de agua entre cristales, a la vez que fuertes y duros en el laberinto y la luz de vértigo de sus fondos, dan con el ser de bruces en su propia miseria.

Las palabras restallan como piedras que se quebraran contra lo que está escondido para hacer salir al poema vibrando: «Ola perpetua en mar sonando triste» (p. 25), nos dice en el poema «El solitario», donde a más de volver siempre a los elementos que ya nos son familiares en su poesía (la ciudad como atmósfera y melancolía, el cuerpo como nave que deja su estela en otros cuerpos, en otros espacios, pero también la ciudad como cuerpo y por lo tanto también peregrina en su propia realidad), lo encontramos extrayendo algo así como un Arte Poética, resumen y apertura:

*Quiero que entre mis brazos lenta oscura
 Desnuda surja la verdad del mundo
 Y no la eterna vibración de labios
 De labios que jamás una palabra
 Una palabra que no sea la palabra sueño
 Sueño de ser el despierto contigo a solas
 A solas en secreto el pensamiento solitario (p. 27).*

y es porque en el mundo del deseo habitan tanto la soledad como la presencia, abriéndose hacia lo desconocido.

Fernando Charry no cae en la retórica de la «verdad», tan de moda en estos días, como actualización de una realidad última que pertenece al reino exclusivo del Ser; por lo contrario nos deja el aroma de una realidad múltiple que se abre frente a nuestros sentidos; el eros vital que retumba en ecos que se transforman a medida que recorren nuestro cuerpo; su mística está por debajo y por encima de la piel, en hombros que se estremecen, en muslos que se apoderan lentamente de la tierra.

Hay también en esta poesía tan febril y tan invernal a la vez, un conflicto declarado entre la memoria, el recuerdo y el ahora, la ilusión de lo pasado y un presente vivo y relampagueante. Dolor del amante que ve desvanecerse la luz de una pasión en el olvido, entre los poros de una memoria que se enreda en sus propias brumas; pero asimismo salto del otro (el que está adentro y afuera) al ver florecer de nuevo esta pasión por el curso inagotable de la vida:

*Mientras el otro
 Que aún eres
 De soledad y avidez
 Sediento resucita en la memoria (p. 37).*

Así, el esperar ha desaparecido en estos *Pensamientos del amante*, porque «ha sido vencida por el tiempo la esperanza» (p. 46), «La desierta esperanza sin sustento» (p. 50). Cantos de amor y desesperanza éstos donde «Es más hondo el amor que nadie nombra» (p. 45), «Pero al desvanecerse de nuevo tus huellas / Como al final el cuerpo será noche» (p. 51).

No se pretende debido a la limitación espacial de esta reseña enumerar una a una las ideas y sentimientos (adentro de luces y golpes) que nos abrasan en esta admirable poesía, es sólo éste un acortar el paso hacia el encuentro de ese espíritu superior que alienta en Fernando Charry Lara, y bástenos sólo citar de nuevo sus versos que al hablarnos del poeta Rivera nos dan a fuerza de comprensión del otro su propio autorretrato:

*Acaso al final vino a saber que su destino
No era el de aquel abogado vagante por la ciudad
.....
Sino el de hombre soleado que sólo al juntar palabras
Poblaba de sueño y de seres sus días (p. 55).*

ARMANDO ROMERO

University of Pittsburgh.

- J. G. COBO BORDA, *Salón de té*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979.
J. G. COBO BORDA, *Roncando al sol como una foca en las Galápagos*. Bogotá: Ediciones Gaceta, Colcultura, 1982.

La manera un tanto desenvuelta, libre de impedimentos formales o académicos, que se ha venido manifestando en la poesía, el ensayo y, en general, en la actividad intelectual de J. G. Cobo Borda, responde a una bien entendida necesidad de cambiar el aire a esa habitación un tanto húmeda, enrarecida por las alturas, en que se había metido cierta poesía colombiana, especialmente en el centro del país. Este tono jovial, fresco, aunque profundo, le llega a Cobo tal vez por su predilección por los ambientes más tropicales y su rechazo a una tradición capitalina asfixiante; el desparpajo poético que le viene de la obra de García Márquez, la lucidez enfermiza de los trópicos que brota en la poesía de Alvaro Mutis, el tocar cerca el objeto de una realidad cotidiana que estaba en Luis Carlos López, etc., van a impactar favorablemente esta poesía acuñada a fuerza de sentimientos directos, dichos ya sea al paso de cierta rabia, desdén o admiración, así como impregnados de una definitiva dirección hacia la relación que a partir de lo sensual se establece con el otro.

Salón de té, el segundo libro de poemas de Cobo Borda (Bogotá, 1948), es básicamente una antología que recopila poemas escritos entre 1969 y 1979, es decir, que recorre diez años de trajinar poético a la busca de una expresión que lo individualice a la vez que lo interne en su propia realidad. La mayoría de estos poemas vienen de su primer libro *Consejos para sobrevivir* (1974). En esa ocasión anotábamos en una reseña (Caracas: Revista Nacional de Cultura, septiembre-octubre, 1974, pág. 160) que Cobo Borda no es el poeta desbocado que se lanza a rienda suelta en el tropel de los versos, y que a diferencia de la poesía influida por el borbotoneo de imágenes de ciertas vanguardias, su poesía lleva el control de la